

Empieza a leer la siguiente
novela protagonizada
por David Gurney

Prólogo

La solución perfecta

De pie ante el espejo, sonrió con honda satisfacción a su propio reflejo sonriente. En ese momento no podía sentirse más complacido consigo mismo, con su vida, con su inteligencia; no, era algo más que eso, era más que simple inteligencia. Su estatus mental podía describirse con más exactitud como un profundo conocimiento de todo. De eso precisamente se trataba, de un profundo conocimiento de todo, un conocimiento que iba mucho más allá de los límites normales de la sabiduría humana. Vio que la sonrisa de su rostro en el espejo se ensanchaba aún más por lo acertado de la expresión, que había subrayado en su mente en el momento de pensarla. Desde un punto de vista interno, podía sentir —literalmente sentir— el poder de su sagacidad en todos los asuntos humanos. Desde un punto de vista externo, el curso de los acontecimientos era prueba de ello.

Para empezar, y por decirlo en los términos más simples, no lo habían atrapado. Habían transcurrido veinticuatro horas, casi al minuto en ese momento, y en esa revolución casi completa del globo terráqueo su seguridad no había hecho sino aumentar. Claro que eso era previsible; se había asegurado de que no hubiera rastro que seguir ni lógica que pudiera conducir a nadie hasta él. Y, de hecho, nadie había venido. Nadie lo había descubierto. Por lo tanto, era razonable concluir que acabar con la zorra impertinente había sido un éxito completo.

Todo había salido según lo previsto, sin contratiempos, de manera irrefutable; sí, irrefutable era una palabra excelente para definirlo. Todo ocurrió según lo previsto, sin tropiezos, sin sorpresas... a excepción de ese sonido. ¿Cartílagos? Eso tuvo que ser. ¿Si no qué?

No tenía sentido que un detalle nimio provocara una impresión sensorial tan duradera. Aunque tal vez la fuerza, la perseverancia de la impresión era simplemente el producto natural de su sensibilidad sobrenatural. Un precio a pagar por la agudeza.

A buen seguro que ese pequeño crujido algún día sería tan débil en su

memoria como la imagen de toda esa sangre, que ya comenzaba a desvanecerse. Era importante mantener las cosas en perspectiva, recordar que todo acaba pasando. Cualquier onda en el estanque termina por desaparecer.

Vida en el campo

*H*abía una quietud en el aire de la mañana de septiembre que era como el silencio en el corazón de un submarino a la deriva, con los motores apagados para eludir el sónar del enemigo. Todo el paisaje permanecía inmóvil en las garras invisibles de una gran calma, la calma que precede a una tormenta, una calma tan profunda e impredecible como el océano.

Había sido un verano extrañamente contenido, un clima que rayaba la sequía poco a poco iba extinguiendo la vida de pastos y árboles. Las hojas ya habían pasado del verde al marrón y comenzaban a caer en silencio desde las ramas de arces y hayas, ofreciendo escasas perspectivas de un otoño colorido.

Dave Gurney estaba junto a la puerta cristalera de su cocina de estilo rústico, mirando al jardín y al césped cortado que separaba la casa de la branza del pasto demasiado alto que descendía hasta el estanque y el viejo granero rojo. Se sentía vagamente incómodo y distraído; su atención iba pasando de las esparragueras de un extremo del jardín a la pequeña excavadora amarilla aparcada junto al granero. Tomó un sorbo de su café de la mañana, que el aire seco estaba enfriando.

Abonar o no abonar, ésa era la cuestión con los espárragos. O por lo menos fue lo primero que se preguntó. En caso de respuesta afirmativa, se plantearía un segundo interrogante: ¿directamente desde el camión o en sacos? La clave del éxito con los espárragos, según se había informado en varios sitios web a los que lo había dirigido Madeleine, estaba en el fertilizante. Ahora bien, no le quedaba del todo claro si tenía que complementar el abono de la última primavera con más estiércol.

En sus dos años en los Catskills había estado tratando de enfrascarse, aunque con cierta desgana, en estas cuestiones de casa y jardín en las que Madeleine se había implicado con entusiasmo instantáneo. Sin embargo, las inquietantes termitas del arrepentimiento del comprador siempre estaban carcomiendo sus esfuerzos. El arrepentimiento no se dirigía tanto a la com-

pra de esa casa en concreto con sus veinte hectáreas de terreno, que seguía considerando una buena inversión, sino a la decisión subyacente que había cambiado su vida: abandonar el Departamento de Policía de Nueva York y retirarse a la edad de cuarenta y seis años. La pregunta recurrente era si había cambiado demasiado pronto su placa de detective de primera clase por las tareas de horticultura de un aspirante a hacendado.

Ciertos sucesos de mal agüero sugerían que sí. Desde su traslado al paraíso bucólico le había aparecido un tic esporádico en el párpado izquierdo. Para su desgracia y la angustia de Madeleine, había empezado a fumar de nuevo de manera ocasional después de quince años de abstinencia. Y, por supuesto, estaba el problema imposible de ocultar: la decisión de zambullirse en el dantesco caso del asesinato de Mellery que había tomado el otoño anterior, un año después de su jubilación.

Había sobrevivido por los pelos a esa experiencia, había puesto en peligro incluso a Madeleine al implicarse y, gracias al momento de clarividencia que a menudo provoca verse cara a cara con la muerte, durante un tiempo se había sentido motivado a consagrarse de lleno a los placeres sencillos de su nueva vida rural. Pero hay algo curioso en la imagen cristalina de la forma en que uno debe vivir. Si no te aferras a ella todos los días, la visión enseguida se desvanece. Un momento de gracia es sólo un momento de gracia. Si no se aprovecha, pronto se convierte en una especie de fantasma, una pálida imagen retiniana inasible que retrocede como el recuerdo de un sueño hasta quedar reducido a no más que una nota discordante en el trasfondo de tu vida.

Gurney había descubierto que comprender este proceso no proporcionaba una clave mágica para revertirlo; con el resultado de que la mejor actitud que podía mostrar hacia la vida bucólica era una especie de tibieza. Y esa actitud le hacía perder el paso con su esposa. También le llevaba a preguntarse si alguien podía cambiar de verdad alguna vez o, lo que iba más al caso, si alguna vez podría cambiar él. En sus momentos más sombríos le desalentaba la rigidez artrítica de su propia manera de pensar; o en un sentido más profundo, su manera de ser.

La cuestión de la excavadora era un buen ejemplo. Seis meses antes había comprado una pequeña y usada, y se la había descrito a Madeleine como un herramienta práctica adecuada a los propietarios de veinte hectáreas de bosques y prados, así como de un camino de tierra de cuatrocientos metros de largo. La veía como un medio para llevar a cabo las reparaciones de jardinería necesarias y mejoras objetivas: algo bueno y útil. En cambio, al parecer Madeleine la vio desde el principio no como un vehículo que

prometía una mayor participación de su marido en su nueva vida, sino como un símbolo ruidoso y con olor a gasóleo de su descontento: de su insatisfacción con el entorno, de su fastidio con el traslado de la ciudad a las montañas, de la enfermiza obsesión por el control que lo empujaba a demoler un mundo nuevo e inaceptable para adaptarlo a la forma de su propio cerebro. Ella había articulado la objeción una única vez y de manera bastante lacónica: «¿Por qué no puedes aceptar todo esto que nos rodea como un don, como un regalo fastuoso, y dejar de tratar de arreglarlo?».

Mientras estaba de pie tras la puerta cristalera, recordando con incomodidad el comentario de su mujer, percibiendo el tono de suave exasperación en el oído de su mente, la voz real de Madeleine se entrometió desde algún lugar situado a su espalda.

—¿Hay alguna posibilidad de que revises los frenos de mi bicicleta antes de mañana?

—Dije que lo haría.

Dave tomó otro sorbo de café e hizo una mueca. Estaba desagradablemente frío. Miró el viejo reloj de péndulo que colgaba sobre la encimera de pino. Disponía de casi una hora libre antes de salir a impartir una de sus ocasionales clases en la academia de policía estatal de Albany.

—Deberías venir conmigo un día de éstos —comentó Madeleine, como si la idea se le acabara de ocurrir.

—Lo haré —dijo él.

Era su respuesta habitual a las propuestas periódicas de su mujer para que la acompañara a pasear en bicicleta a través de las onduladas tierras de labranza y los bosques que ocupaban la mayor parte de los Catskills occidentales. Se volvió hacia Madeleine, que estaba de pie en la puerta del comedor con unas mallas gastadas, una sudadera holgada y una gorra de béisbol manchada de pintura. De repente, Dave no pudo evitar sonreír.

—¿Qué? —dijo ella, ladeando la cabeza.

—Nada.

En ocasiones, la presencia de su mujer era tan encantadora que inmediatamente vaciaba su mente de todo pensamiento enredado, negativo. Madeleine era esa criatura excepcional: una mujer muy hermosa a la que parecía importarle muy poco su aspecto. Se le acercó y se puso a su lado, examinando el paisaje.

—El ciervo ha estado con el alpiste —dijo en tono más divertido que molesto.

Al otro lado del césped se veían los tres comederos para pinzones que colgaban completamente torcidos. Al mirarlos, Gurney se dio cuenta de

que compartía, al menos hasta cierto punto, los sentimientos bondadosos de Madeleine por el ciervo pese a los daños menores que éste había causado; lo cual no dejaba de ser peculiar, ya que sus sentimientos eran muy diferentes a los de ella respecto a los estragos que causaban las ardillas, que en ese mismo momento consumían las semillas que el ciervo no había logrado extraer del fondo de los comederos. Nerviosas, rápidas, agresivas en sus movimientos, parecían motivadas por un hambre obsesiva propia de roedores, un deseo de concentrada avaricia por consumir hasta la última partícula de alimento disponible.

La sonrisa de Gurney se fue desvaneciendo mientras las observaba con una pizca de tensión nerviosa. En sus momentos de mayor objetividad sospechaba que esa tensión se estaba convirtiendo en su reacción reflexiva a demasiadas cosas: un nerviosismo que surgía de las grietas de su matrimonio y que contribuía a ensancharlas. Madeleine describiría las ardillas como fascinantes, inteligentes, ingeniosas, imponentes en su energía y determinación. Parecía amarlas igual que amaba la mayoría de las cosas de la vida. Él, en cambio, deseaba pegarles un tiro.

Bueno, no exactamente pegarles un tiro. En realidad, no quería matarlas ni lisiarlas, pero tal vez sí dispararles con una pistola de aire comprimido para hacerlas caer de los comederos y enviarlas volando hacia el bosque al que pertenecían. Matar no era una solución que le hubiera atraído nunca. En todos sus años en la Policía de Nueva York, en todos sus años como detective de homicidios, en veinticinco años de trato con hombres violentos en una ciudad violenta, nunca había sacado su pistola; apenas la había tocado fuera de una galería de tiro y no sentía ningún deseo de empezar a hacerlo. Fuera lo que fuese lo que le había atraído a la labor policial, lo que lo había casado con el trabajo durante tantos años, desde luego no era el atractivo de una pistola o la solución engañosamente simple que ésta ofrecía.

Se dio cuenta de que Madeleine lo estaba mirando con esa expresión suya entre curiosa y evaluadora; probablemente adivinando a partir de la rigidez en la mandíbula sus pensamientos acerca de las ardillas. En respuesta a esa aparente clarividencia, Dave quería decir algo que pudiera justificar su hostilidad hacia las ratas de cola esponjosa, pero intervino el timbre del teléfono; de hecho, intervinieron de manera simultánea los sonidos de dos teléfonos: el teléfono con cable del estudio y su teléfono móvil en el aparador de cocina. Madeleine se dirigió al estudio. Gurney cogió el móvil.

La novia masacrada

Jack Hardwick era un cínico desagradable, mordaz y de ojos llorosos que bebía demasiado y veía casi todo en la vida como una broma amarga. Tenía pocos admiradores entusiastas y no inspiraba confianza con facilidad. Gurney estaba convencido de que si se eliminaran todos los motivos cuestionables, a Hardwick no le quedarían motivos.

No obstante, Gurney también lo consideraba uno de los detectives más inteligentes y perspicaces con los que había trabajado. Así que, cuando se llevó el teléfono a la oreja, escuchar esa voz inconfundible de papel de lija le generó sentimientos encontrados.

—Davey, Davey.

Gurney hizo una mueca. Nunca le había gustado que le llamaran Davey, y suponía que ésa era la razón precisa por la que Jack Hardwick insistía en usar ese sobrenombre en particular.

—¿Qué puedo hacer por ti, Jack?

La risotada del hombre sonó tan molesta e irrelevante como siempre.

—Cuando estábamos trabajando en el caso Mellery, te jactabas de que te levantabas con las gallinas. Quería llamar para comprobar si era verdad.

Siempre había que soportar unas cuantas guasas antes de que Hardwick se dignara a llegar al asunto en cuestión.

—¿Qué quieres, Jack?

—¿Tienes gallinas vivas, corriendo cacareando y cagando en esa granja tuya? ¿O era sólo una forma de hablar campechana?

—¿Qué quieres, Jack?

—¿Por qué diablos iba a querer yo algo? ¿No puede un viejo amigo llamar a otro viejo amigo por los viejos tiempos?

—Déjate del rollo de «viejo amigo», Jack, y dime por qué me has llamado.

Otra risotada.

—Eso es muy frío, Gurney, muy frío.

—Mira. Todavía no me he tomado mi segunda taza de café. Si no vas al grano en los próximos cinco segundos, cuelgo. Cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno...

—Novia de clase alta liquidada en su propia boda. Pensaba que podrías estar interesado.

—¿Por qué iba yo a estar interesado en eso?

—Mierda, ¿cómo no iba a estar interesado un detective estrella de homicidios? ¿He dicho que el arma del crimen era un machete?

—La estrella está retirada.

Hubo una ruidosa y prolongada carcajada.

—No es broma, Jack. Estoy retirado.

—¿Igual que lo estabas cuando apareciste para resolver el caso Mellery?

—Eso fue un paréntesis.

—¿De verdad?

—Mira, Jack... —Gurney estaba perdiendo la paciencia.

—Está bien. Estás retirado. Ya lo entiendo. Ahora dame dos minutos para explicarte esta oportunidad.

—Jack, por el amor de Dios...

—Dos minutos de nada. Dos. Joder, ¿estás tan ocupado sacándoles brillo a las bolas de golf que no puedes conceder dos minutos a tu antiguo compañero?

La imagen disparó el pequeño tic en el párpado de Gurney.

—Nunca fuimos compañeros.

—¿Cómo diablos puedes decir eso?

—Trabajamos juntos en un par de casos. No éramos compañeros.

Si quería ser completamente sincero al respecto, Gurney debía admitir que él y Hardwick tenían, al menos en un sentido, una relación única. Diez años antes, trabajando en diferentes aspectos del mismo caso de homicidio desde jurisdicciones situadas a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, habían encontrado mitades distintas del cuerpo mutilado de la misma víctima. Ese tipo de casualidad en la investigación podía forjar un vínculo tan fuerte como singular.

Hardwick bajó la voz a un tono de penosa sinceridad.

—¿Me das dos minutos o no?

Gurney se rindió.

—Adelante.

Hardwick volvió a su estilo característico de oratoria de charlatán de feria con cáncer de garganta.

—Está claro que eres un tipo muy ocupado, así que voy a ir al grano. Quiero hacerte un favor enorme. —Hizo una pausa—. ¿Sigues ahí?

—Habla más rápido.

—¡Menudo cabrón ingrato! Muy bien, esto es lo que tengo para ti. Sensacional asesinato cometido hace cuatro meses. Niña rica mimada se casa con un famoso psiquiatra. Una hora más tarde, en la recepción de la boda en la lujosa finca del psiquiatra, el jardinero demente la decapita con un machete y se escapa.

Gurney tenía el vago recuerdo de haber leído en ese momento un par de titulares de los periódicos sensacionalistas que posiblemente estaban relacionados con el caso: «Baño de sangre nupcial» y «Novia masacrada». Esperó a que Hardwick continuara, pero el hombre tosió de un modo tan desagradable que Gurney tuvo que apartarse el teléfono de la oreja.

Finalmente Hardwick volvió a preguntar:

—¿Todavía estás ahí?

—Sí.

—Callado como un cadáver. Deberías hacer sonar un pitido cada diez segundos para que la gente sepa que aún estás vivo.

—Jack, ¿por qué diablos me estás llamando?

—Te estoy entregando el caso de toda una vida.

—Yo ya no soy policía. No tiene ningún sentido.

—Puede que te falle el oído en tu vejez. ¿Qué edad tienes? ¿Cuarenta y ocho u ochenta y ocho? Escucha. Éste es el meollo del asunto. La hija de uno de los neurocirujanos más ricos del mundo se casa con un famoso y polémico psiquiatra, un psiquiatra que apareció en el programa de Oprah, por el amor de Dios. Una hora más tarde, entre doscientos invitados, la novia entra en la cabaña del jardinero. Había tomado varias copas y quería que el jardinero se uniera al brindis de la boda. Al ver que ella no sale, su nuevo esposo envía a alguien a buscarla, pero la puerta de la cabaña está cerrada y ella no contesta. Entonces el marido, el afamado doctor Scott Ashton, va, golpea la puerta y la llama. No hay respuesta. Consigue una llave, abre la puerta y la encuentra sentada con su vestido de novia con la cabeza cortada; ventana trasera de la cabaña abierta y sin jardinero a la vista. Muy pronto todos los policías del condado están en la escena. Por si acaso no has captado el mensaje todavía: se trata de gente muy importante. El asunto termina en nuestro regazo en el DIC, en concreto en mi regazo. Comienza simple: encontrar al jardinero loco. Luego se va complicando. No se trata de un jardinero habitual. El famoso doctor Ashton más o menos lo ha apadrinado. Hector Flores (ése es el jardinero) era un trabajador mexi-

cano indocumentado. Ashton lo contrata, pronto se da cuenta de que el hombre es inteligente, muy inteligente, así que comienza a ponerlo a prueba, a ayudarlo, a educarlo. En un período de dos o tres años, Hector se convierte en el protegido del médico más que en la persona que barre las hojas. Casi un miembro de la familia. Parece que con este nuevo estatus incluso tuvo una aventura con la esposa de uno de los vecinos de Ashton. Un personaje interesante, el señor Flores. Tras el asesinato, desaparece de la faz de la tierra, junto con la esposa del vecino. La última pista concreta de Hector es el machete ensangrentado que dejó en el bosque a unos ciento cincuenta metros.

—Así que ¿dónde terminó todo esto?

—En ninguna parte.

—¿Qué quieres decir?

—Mi brillante capitán tenía cierto punto de vista del caso; ¿te acuerdas de Rod Rodriguez?

Gurney lo recordó con un estremecimiento. Un año antes —seis meses antes del asesinato que Hardwick estaba describiendo—, Gurney había participado de manera semioficial en una investigación controlada por una unidad del Departamento de Investigación Criminal de la policía del estado que dirigía el rígido y ambicioso Rodriguez.

—Su opinión era que deberíamos llevar a interrogatorio a todos los mexicanos a treinta kilómetros a la redonda del lugar del crimen y amenazarlos con toda clase de mentiras hasta que uno de ellos nos llevara a Hector Flores, y si eso no funcionaba ampliar el radio a ochenta kilómetros. Ahí era donde quería todos los recursos: el cien por cien.

—¿No estuviste de acuerdo con eso?

—Había otras vías que merecía la pena explorar. Era posible que Hector no fuera lo que aparentaba ser. Todo esto me daba una sensación extraña.

—¿Y qué pasó?

—Le dije a Rodriguez que no tenía ni puñetera idea.

—¿En serio? —Gurney sonrió por primera vez.

—Sí, de verdad. Así que me retiró del caso. Y se lo dio a Blatt.

—¿¡Blatt!?

El nombre tenía el gusto de un bocado de comida estropeada. Gurney recordaba al investigador Arlo Blatt como el único detective del DIC más irritante que Rodriguez. Blatt encarnaba lo que el profesor preferido de Gurney en la universidad había descrito hacía mucho tiempo como «ignorancia armada y lista para la batalla».

Hardwick continuó.

—Así que Blatt hizo exactamente lo que Rodriguez le pidió que hiciera y no llegó a ninguna parte. Han pasado cuatro meses y hoy sabemos menos que el día que empezamos. Pero sé que te estás preguntando: ¿Qué tiene que ver todo esto con el detective más condecorado en la historia de la Policía de Nueva York?

—Se me ha ocurrido esa pregunta sí, aunque no con esas palabras.

—La madre de la novia no está satisfecha. Sospecha que la investigación ha sido una chapuza. No tiene confianza en Rodriguez y opina que Blatt es idiota. En cambio, piensa que tú eres un genio.

—¿Que piensa qué?

—Vino a verme la semana pasada (justo cuatro meses después del día del asesinato) preguntándome si podría volver al caso, o de lo contrario si podría trabajar en él sin que nadie se enterara. Le dije que eso no sería un enfoque práctico, porque tenía las manos atadas; ya estaba en terreno quebradizo con el departamento. Sin embargo, resultaba que tenía acceso personal al detective más condecorado en la historia de la Policía de Nueva York, recientemente retirado, todavía rebosante de fuerza y vigor, un hombre que estaría encantado de ofrecerle una alternativa a la posición de Rodriguez-Blatt. Para poner la guinda al pastel, casualmente tenía una copia de ese artículo lleno de adoración que escribió sobre ti el *New York Magazine* después de que resolvieras el caso de Satanic Santa. ¿Cómo era que te llamaban? ¿Superpoli? La señora estaba impresionada.

Gurney hizo una mueca. Varias respuestas posibles colisionaron en su cabeza y todas ellas se anularon entre sí.

Hardwick parecía animado por su silencio.

—A ella le encantaría conocerte. Ah, ¿lo he mencionado? Es una preciosidad. Tiene cuarenta y pocos, pero aparenta treinta y dos. Y dejó claro que el dinero no era un problema. Tú mismo puedes poner el precio. En serio: doscientos dólares por hora no sería inconveniente. Aunque no es que a ti vaya a motivarte algo tan trivial como el dinero.

—Hablando de motivos, ¿cuál es el tuyo?

El esfuerzo de Hardwick por sonar inocente sonó cómico.

—¿Que se haga justicia? ¿Ayudar a una familia que ha pasado un infierno? Me refiero a que perder un hijo tiene que ser lo peor del mundo, ¿no?

Gurney se quedó petrificado. La mención de perder un hijo aún tenía el poder de provocarle un temblor en el corazón. Habían pasado más de quince años desde que Danny, de apenas cuatro en ese momento, había salido a la calle cuando Gurney no estaba mirando; pero había descubierto que esa

clase de dolor no era una experiencia que pasaras una vez y luego «superaras» (como decía esa idiota expresión popular). La verdad era que te arrollaba en oleadas sucesivas: olas separadas por períodos de adormecimiento, períodos de olvido, períodos de vida ordinaria.

—¿Sigues ahí?

Gurney asintió con la cabeza.

—Quiero hacer lo que pueda por estas personas —continuó Hardwick—. Además...

—Además —intervino Gurney, hablando rápido, imponiéndose a su emoción debilitante—, si participara, que no tengo intención de hacerlo, Rodriguez se subiría por las paredes, ¿no? Y si me las arreglara para dar con algo, algo nuevo, algo importante, él y Blatt quedarían realmente mal, ¿no es así? ¿Ésa podría ser una de tus bondadosas razones?

Hardwick se aclaró la garganta.

—Ésa es una manera jodida de mirarlo. La cuestión es que tenemos a una madre afligida por una tragedia que no está satisfecha con los progresos de la investigación policial; lo cual puedo entender, ya que los incompetentes Arlo Blatt y su equipo han acosado a todos los mexicanos del condado y no es han sacado ni un pedo con olor a frijoles. Está desesperada por encontrar un detective de verdad. Así que te estoy entregando este huevo de oro.

—Eso está muy bien, Jack, pero yo no soy detective pri-vado.

—Por el amor de Dios, Davey, sólo habla con ella. Eso es todo lo que te estoy pidiendo que hagas. Sólo has de hablar con ella. Está sola, es vulnerable, preciosa, con mucho dinero para quemar. Y en el fondo, Davey, en el fondo hay algo salvaje en esa mujer. Te lo garantizo. ¡Que me parta un rayo si no es verdad!

—Jack, lo último que necesito ahora...

—Sí, sí, sí, estás felizmente casado, enamorado de tu esposa, bla bla bla. Muy bien. Perfecto. Y tal vez no te preocupa la posibilidad de desenmascarar a Rod Rodriguez de manera absoluta y definitiva como el capullo redomado que es en realidad. Muy bien. Pero este caso es complejo. —Dio a la palabra una profundidad de significado, haciendo que sonara como la más preciada de todas las características—. Tiene capas y capas, Davey. Es una puta cebolla.

—¿Y?

—Y tú eres un pelador de cebollas nato. El mejor que ha habido nunca.

ESTE LIBRO UTILIZA EL TIPO ALDUS, QUE TOMA SU NOMBRE
DEL VANGUARDISTA IMPRESOR DEL RENACIMIENTO
ITALIANO ALDUS MANUTIUS. HERMANN ZAPF
DISEÑÓ EL TIPO ALDUS PARA LA IMPRENTA
STEMPEL EN 1954, COMO UNA RÉPLICA
MÁS LIGERA Y ELEGANTE DEL
POPULAR TIPO
PALATINO

* * *

* *

*

SE LO QUE ESTÁS PENSANDO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN UN DÍA DE INVIERNO DE 2011,
EN RODESA, VILLATUERTA,
(NAVARRA)

* * *

* *

*

